LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

AFILIADA Á LA «UNIÓN ESPIRITISTA KARDECIANA ESPAÑOLA»

AÑO XXX | Alicante 25 Junio de 1901. | NÚMERO 6.

SECCIÓN DOCTRINAL

La Psiquis en su actividad originaria

La vida del hombre es toda ella psico-física; ni solamente espiritual, ni enteramente física, sino de mutua relación é influencia entre el espíritu y el cuerpo. De aquí que los actos que no son inconscientes, antes de ser realizados han sido precedidos de intenciones, de ideas, y éstas, si no han de quedar reducidas á un vago idealismo, á un puro soñar, necesitan encarnarse en la esfera de la realidad.

Para llegar á implantarse necesitan á veces combatir unas con otras hasta lograr el triunfo la más fuerte, que es la más verdadera, la que mejor resiste las pruebas en contrario. Estos combates, mientras no trascienden de la esfera del pensamiento, no son cruentos, no causan víctimas; no hay más víctima que el error, inmolado en aras de la verdad. Famosas han sido, por ejemplo, las luchas entre nominalistas y realistas en la Edad Media y entre clásicos y románticos en la moderna.

Combate no menos importante es el que riñen hoy el materialismo y el espiritualismo. Sostiene el primero como única realidad, la que se palpa por los sentidos, y de ahí deriva su negación de todo lo que es trascendental y suprasensible, aunque no sea sobrenatural. Nada de principios permanentes y absolutos; todo es relativo y las cualidades de los séres son efecto de sus disposiciones orgánicas. El libre albedrío no existe, la responsabilidad es un absurdo,

y el delito, resultado de una enfermedad, así como el heroismo un acto de excitación del sistema nervioso; el genio un poco más de actividad cerebral debido á mayor abundancia de materia gris ó mayor número de circunvoluciones; no hay espontaneidad en el obrar, y el hombre es tan solo una máquina en movimiento siendo sus actos puramente mecánicos.

Sostiene, por lo contrario, el espiritualismo, la existencia del alma como realidad que se palpa ante la conciencia, de igual modo que ante los sentidos se perciben los objetos materiales; y mientras el materialismo niega la existencia del *Yo* y de la personalidad humana idéntica en cada momento del tiempo, el espiritualismo racional hace de dicha identidad personal el primer principio de prueba para sus elucubraciones. Afirma además éste, no ya la existencia del alma, la Psiquis, como entidad no emanada de las fuerzas orgánicas, sino teniendo caracteres propios de espontaneidad y libertad en su modo de obrar, y como resultado de todo, la individualidad persistente fuera de la carne, la trascendencia de la vida del sér.

Aunque parezca una antinomia, quizás por aquello de que los extremos se tocan, el materialismo y el espiritualismo están próximos á confundirse en una síntesis superior que comprenda á entrambos.

Efectivamente, el materialismo no niega la fuerza de cualquier clase que sea; ni menos la fuerzá psíquica, más potente que otras, solamente que explica su actividad como propiedad de la materia misma. El espiritualismo tampoco niega la materia, sólo que alguna vez, perdido en vagas idealidades, la ha despreciado como cosa indigna, y de su exageración ha nacido el sistema contrario; pues la inteligencia, como el péndulo cuando oscila, va de un extremo á otro, imposibilitado como está de abarcar de una vez todo el espacio que debe recorrer.

¿Se ha dicho qué es en sí la materia? ¿Se sabe qué es en sí misma la fuerza? ¿Es la una transformación de la otra, ó son dos modos de manifestarse la sustancia ó incógnita x que origina fuerza y materia?

¿Dónde comienza también la Psiquis? ¿Cuál es el primer esbozo de la vida, de la sensibilidad y de la inteligencia? Imposible decirlo en esta escala relacionada de séres que existen en el Universo.

Pues si no sabemos lo que es la materia, si ignoramos lo que es la fuerza, si no vemos dónde y cuándo aparece la Psiquis, ¿cómo nos atrevemos á afirmar que son cosas iguales ni que son cosas diferentes? ¿que la una es más ó menos, anterior ó superior á la otra? Por diferentes que sean sus manifestaciones no estamos más autorizados para proclamar su distinción esencial, que para afirmar que la nube majestuosa que se cierne en las alturas se diferencia en su composición química del agua que brota de un manantial en la superficie de la tierra.

Pero sea cual fuere la solución del problema, podemos avanzar ya en el campo de la investigación, porque los descubrimientos en cierto orden de fenómenos nos permiten marchar con paso relativamente seguro.

Cuando hace algún tiempo se tomaron con afán los estudios biológicos, destruyendo rutinarios métodos, se pensó en observar todo lo más posible las manifestaciones de los séres vivos, comenzando por aquellos en que apenas se inicia el fenómeno de la vitalidad. Los organismos más inferiores fueron cuidadosamente inspeccionados, y como consecuencia de estos estudios se originó la llamada teoría celular: el sistema de que todo lo vivo es producto de una célula que procede en sus funciones por asimilación de los medios que á su alrededor encuentra y que diferenciándose gradualmente da origen á órganos y aparatos que componen la más sencilla como la más complicada textura de cualquier vegetal ó animal. Entonces se creyó resuelto el problema del origen de los séres, pretendiéndose haber dado con la clave que nos explicaba éste y otros misteriosos fenómenos.

Pero las mismas observaciones han demostrado que, lejos de haber dado con el *quid*, la dificultad se presenta más formidable de lo que al principio se creía. Al querer explicar el alma de los séres por su organismo, considerando á aquella como el efecto ó el resultado del funcionamiento de todos los órganos, principalmente de los que componen el sistema cerebro-espinal en los animales superiores, nos encontramos con que el sér es activo desde la manifestación más rudimentaria de la célula, y que obra *con energía y actividad propia*, dentro de las condiciones del medio ambiente que le rodea, energía que se va acentuando más, á medida que el sér va siendo más perfecto en la escala de los séres.

La célula, pues, es un elemento, un algo esencialmente activo, con actividad propia; por consiguiente no depende esta actividad de las condiciones del medio ni tampoco de los componentes materiales que la forman, sino que hay en ella algo que la constituye en centro asimilador de fuerzas, en elemento individual y distinto de los demás de la creación, en sér, si queremos.

Y si esto sucede con el ser más rudimentario ¿qué no ha de suceder con el hombre? ¿Cómo considerar la inteligencia y la voluntad, la energía que en él piensa, vive y obra, como síntesis, producto ó funcionamiento de meras fuerzas orgánicas, cuando es siempre una energía que se dirige á un fin con iniciativa, con espontaneidad, y por consiguiente, con libertad?

Tenemos, pues, que se ha cumplido el aforismo *errando*, *errando*, *deponitur error*; porque los mismos materialistas con sus observaciones nos han venido á mostrar la espontaneidad, la energía propia del sér que incrusta el sello de su individualidad, sin que sea una mera *tabula rasa*, apta sólo para recibir impresiones del medio que la rodea.

Hæckel dice que la vida, aun en la materia amorfa, comienza caracterizándose como un centro atractivo y asimilador de fuerzas; Delbœuf afirma que en el espíritu no se graban las impresiones como en blanda cera; Loke, que el alma no puede ser considerada como una resultante de algo, sino como una unidad, porque los diversos modos de su actividad propia no pueden ser repartidos entre sujetos diferentes, y Maudsley declara que el espíritu no es una hoja

de papel blanco; de modo que todos están conformes en admitir la nativa espontaneidad de la Psiquis.

Si la sensación es, como decía Aristóteles, acto común de lo sentido con el senciente, el sujeto pone de sí algo que no es debido á la simple excitación, no pudiendo medirse la una por la otra, y no habiendo por tanto tal equivalente mecánico.

No hay en todos los actos psico-físicos una mera contestación á la impresión recibida. Interviene la actividad psíquica para devolver *aumentada ó disminuida* la impresión. De todo esto se deduce que los mismos observadores materialistas han venido á evidenciar la espontaneidad, la energía propia de la Psiquis.

Sí, pues, la función es superior al órgano, la Psiquis, más activa que las fuerzas orgánicas, no es una resultante de éstas. La inducción racional, por tanto, nos permite pensar que el *organismo* es medio ó instrumento de que aquella se sirve para realizar sus actos, pero jamás el que los engendra y produce.

Dr. Manuel Sanz Benito.

Hacer el bien por el bien mismo

CONTRADICCIÓN parece existir entre el lema que el Espiritismo ostenta en su bandera cuando nos dice que hagamos *el bien por el bien mismo*, y el cuadro que nos ofrece de la vida futura, en la què, como consecuencia de sus acciones, aparece recompensado el bueno y castigado el malo, á fin de inducirnos, con esos ejemplos, á amar el bien y aborrecer el mal.

Y motivos hay, superficialmente mirado, para notar contradicción en esos dos términos. Oblíganos el uno á matar el ogismo y el otro á obrar á su impulso.

Y es que la doctrina espírita, así como integra todos los conocimientos humanos, habla á todas las inteligencias, desde las más rudimentarias á las más elevadas. Y como la pasión dominante de la humanidad presente es el egoismo, quiere encauzar esa pasión, haciendo practicar el bien por la esperanza ó el temor. Obtiene ese resultado con lo que pòdríamos decir la demostración *física* de la existencia del espíritu, que trae como consecuencia la eternidad de la vida, por nuestro comercio espiritual con los séres incorpóreos y por el conocimiento qne nos da del cómo, sin apelación, se cumple la justicia divina.

El sér, positivista de suyo, va en pos del lucro, mide las ventajas ó desventajas de sus acciones, y no obra sino para obtener algún beneficio, de una ú otra índole. Nuestra doctrina es pasto abundante para el egoismo. Ofrece á los egoistas el mayor de los negocios. Les inicia en el verdadero objeto de la vida,

y les concede una eternidad de delicias mediante el espurgo de los vicios y defectos y el arraigo y práctica de las virtudes. Esto les induce á mejorarse, á ejercer la caridad bajo todas sus formas, á ser útiles á sus semejantes, aunque con el intento principalísimo de llevar la mejor parte, por el premio que han de merecer sus buenas acciones. Luego, el cumplimiento de los preceptos morales se considera como deber. Su contínuo ejercicio forma hábito y termina por *hacer el bien por el bien mismo*.

Las almas un tanto elevadas y que han extirpado de su ser hasta la más leve sombra de egoismo, tienen tan exacto conocimiento y formado tan superior concepto del deber, que practican aquél solo en cumplimiento de éste, sin que sirva de acicate la esperanza ni el temor del castigo por falta ú omisión.

Hé aquí como por egoismo entra la humanidad por la puerta de la regeneración, y una vez traspasado el umbral, aprende á desprenderse de un vehículo que ya no necesita, porque terminó su objeto, conduciéndole á la última estación, y querer continuar en él sería el estacionamiento ó el suicidio del espiritu.

Dichoso el que ha llegado al estado de progreso que implica el *hacer el bien por el bien mismo*. Ese no conocerá las miserias humanas que hacen desgraciados á los hombres. Tarea lijera y agradable serán para él las misiones más espinosas; gozará donde los libertinos sufren, sentirá realizarse la obra divina en las manifestaciones todas de la naturaleza; se extasiará contemplando la maravillas de la creación que comprenderá; será dichoso derramando los eflus vios de su amor, como el sol sus fecundantes rayos, sobre todos los séres por igual; porque todos son sus hermanos y están llamados, subido que hayan suficientes peldaños de la escala del progreso, á confundirse con los espíritus pnros.

Aceptemos el manantial de bienes que el espiritismo nos ofrece, practicando su moral sublime. Despojémonos del egoismo que embota nuestros sentidos espirituales; seamos abnegados, sensatos, reflexivos, respetuosos y tolerantes con nuestros hermanos de destierro. Condenemos toda violencia, toda imposición, como contrarias á la moral y al amor que debemos al prójimo. Amparemos al débil, enseñemos al ignorante, prediquemos la verdad sin que la persecución nos arredre, y con el ejemplo demostremos á propios y extraños, haciendo honor á nuestra incomparable doctrina, que en todos nuestros actos no nos mueve otro interés que el cumplimiento del deber y el *hacer el bien por el bien mismo*.

Angel Aguarod.

Secciòn filosófica

La emancipación de la mujer

Las cosas mejores suelen echarse á perder por las malas interpretaciones.

¡Qué? ¿Creeis que la emancipación de la mujer está en hacer cada una lo que le parezca en todo y por todo; en no considerar al marido, padre ó hermano como se merecen; en despreciar el auxilio del varón que como ser fuerte está destinado á protejerla en todas las ocasiones de la vida; en hacer con el hombre lo que la mujer no quisiera que hiciesen con ella; en empeñarse en dominar á todo vicho viviente; en sustituir la odiosa preocupación por el no menos repugnante descaro; en cambiar los delicados modales del sexo femenino, por el áspero carácter del hombre de negocios?. .

No, amigas mías, no: La emancipación de la mujer consiste solamente en salirse de la ignorancia, en evadirse del vicio, en librarse de la hipocresía, en desechar la frivolidad, en cumplir nuestros deberes con una poquita más de extensión de la que el hombre quiere; pero con mucha menos de la que desean las que obcecadas por un feminismo exajerado, pretenden que se vuelva la tortilla demasiado radicalmente, pasando á ser ellas las que incurran en los delitos que censuran.

Respetemos la soberanía del hombre, puesto que si sabemos entender las fibras de su corazón, si sabemos corregirlo con dulzura, si tenemos tacto para hacerle ver sus errores con bondad, en vez de ser un tirano para nosotras, se convertirá en un rey magnánimo que nos dará los más hermosos brillantes de su corona, que atenderá á todas nuestras súplicas y se avendrá á promulgar nuevas leyes en nuestro favor.

Si hay hombres que acceden á los más extravagantes caprichos del sexo femenino ¿cómo no ha de haber que transijan con lo justo y con lo bueno?

Aspiremos á ser sus verdaderas compañeras, lo cual quiere decir: armonía, concordia y sobre todo cariño.

Y entre dos séres que se aman ¿podrá haber uno superior á otro?

No: el amor es la fusión de dos corazones y de dos espíritus en uno solo.

Tenemos que convencernos de que el género humano es muy necio.

Si se empeñan ellos en ser solos, el amor propio de la mujer se resentirá y viceversa. Pues que sea el uno el complemento del otro y se acabó la discusión.

Además, más vale maña que fuerza. Un niño es muy débil, y sin embargo,

maneja á su gusto á su padre, á su madre y á toda su parentela si es preciso. ¿Por qué?

Porque su debilidad conmueve, porque sus súplicas llegan al alma de aquellos que le rodean.

Pues eso es lo que nosotras debemos hacer: supliquemos, convenzamos, trabajemos sin descanso, y el resultado os hablará de un modo más elocuente que lo hago yo.

Matilde Navarro Alonso.

SECCIÓN MEDIANÍMICA

¡TRISTE JUSTICIA!

I

DESPUÉS de haber escrito mi anterior artículo «Los primeros pasos», comprendí que el espíritu de Aramina no se había separado de mí; su influencia es triste, más que triste, angustiosa, produce inquietud, malestar, descontento, cansancio, un cansancio profundo, se conoce que Aramina es un espíritu que ha luchado sin tregua ni descanso, y le ha llegado el momento del reposo forzoso, y como no es su temperamento apropósito para estar mucho tiempo en la quietud, meditando sobre las consecuencias de sus pasados desvaríos, su dolorosa impaciencia se trasmite á mí sér y sufro, sufro un malestar para mi desconocido, comprendo que quiere comunicarse y para bien de las dos me presto á sus deseos dejando correr mi pluma sobre el papel.

II

«Yo te agradezco tu condescendencia, porque en realidad necesito desahogar mis penas: sufro las consecuencias de la *triste justicia*, de las leyes eternas, y le llamo *triste* á la justicia divina, porque todo lo justo por regla general es triste, y es triste, porque toda infracción de la ley lleva aparejada su condena, y no hay condena que proporcione alegría.»

«Justo es mi sufrimiento, merecido mi castigo, mientras más reconozco mi pequeñez mayor es mi tormento; tormento que indudablemente es el principio de mi regeneración; también lucirán para mi días de sol, pero mientras llegan ¡qué tristes son los días brumosos!... brumas que yo las condensé hace muchos siglos. Escúchame y compadéceme. Siempre me ha gustado representar el honroso papel de madre, pero no para velar por mis hijos y sacrificarme

por ellos, sino para lucirles como luce la mujer antojadiza lujosos vestidos y joyas de gran precio. En una existencia que ocupaba una posición brillantísima, tuve un hijo horroroso, con una cabeza enorme, unos ojos salientes, una boca hocicuda, unos brazos muy largos y unas manos muy grandes; mi esposo aceptó resignado á su primogénito, pero yo no, me avergonzaba de tener un hijo tan defectuoso, y una noche lo extrangulé, (tenía el niño entonces unos seis meses), y acusé de su muerte á su pobre nodriza, que pagó con su vida su supuesto crímen. ¿Viví entonces tranquila? no; veía á mi hijo por todas partes y sentía sus manos oprimiéndome la garganta: Huyendo de la sombra de mi hijo me arrojé á un precipicio desde la torre más alta de mi castillo, y renuncio á pintarte mis horribles sufrimientos. Ya te dije en mi anterior comunicación, que cuando logré tener un hijo hermoso, fuerte y robusto, había tenido diez hijos anteriormente y que el primero nació con las piernas sin movimiento, lo que me mortificó y me contrarió muchísimo, alegrándome extraordinariamente cuando se murió. Yo entonces no sabía que era el mismo espíritu que siglos antes había venido á pedirme hospitalidad con un cuerpo defectuosísimo y que yo extrangulé con inaudita perversidad, y el fué el que vino por tercera vez, fuerte y arrogante para ser la deshonra de su noble familia, la verguenza de su padre, y el calumniador infame de su madre, ¡tanto como yo entonces le quería!.... ¡tan ufana y tan orgullosa como estaba yo de su hermosura!.... sus crímenes para mi no lo eran, encontraba siempre motivos para defenderle, vertí raudales de oro para que enmudecieran los deudos de sus víctimas, y cuando le veía galopar en su brioso corcel, vencedor en todos los torneos, matador en todos los desafíos, me cegaba el orgulloso y decía: ¡Es mi hijo! ¡qué hermoso es! ¡qué bravo! ¡qué arrogante! ¡no hay otro como él y él me despreciaba; mientras fué pequeñito me quiso; pero después.... después me maltrató horriblemente, me hizo sufrir las mayores humillaciones, y yo sufría en silencio para que los demás no se enteraran de sus infamias; para salvarle la vida apelé á todos los medios: ¿qué me importaba la honra sin él? me entregué al juez que le condenó; pero todo fué inútil, rebasó la copa de sus crímenes y familias poderosísimas interpusieron su influencia para que mi hijo pagara con su vida tantos y tantos delitos, ¡me fuí tras él! ¡nada tenía que hacer en la tierra! necesitaba sufrir más, necesitaba saber que tres veces había sido aquel espíritu mi hijo, que cegada por la vanidad lo maté sin más motivo que porque era feo!.,. me avergonzaba de ser su madre.... ¡qué horror!... la segunda vez me alegré de su muerte porque estaba tullido, la tercera vez le adoré porque era hermoso, porque era gallardo, porque era arrogante, en mí no había más que materia, mi espíritu dormía, dormía el sueño más humillante, me ha despertado el dolor, el dolor más agudo, tengo envidia de todas las madres buenas.... ¡cuánto sufro Dios mio! ¡cuánto sufro!... el espíritu de mi hijo ha vuelto varias veces á la tierra y yo siempre le sigo... siempre. No he vuelto á encarnar, necesito tiempo para darme cuenta de lo que pienso, de lo que soy.

Cerca de tí está mi hijo... mi hijo!... tú le quieres... le quieres porque yo estoy contigo, porque yo le arrojo en tus brazos, porque yo quiero que todos le amen... ¡todos!... yo necesito ganarme su cariño, ya que ayer me gocé con su desaparición. Yo le sigo siempre... siempre! ¡le quiero tanto!... Cuando yo vuelva á ser madre seré una madre muy buena, adoraré á mis hijos aunque estos sean leprosos como Job, ¡qué malo es ser malo! ¡qué bueno será ser bueno! compadéceme, sufro mucho, solo se calma mi sufrimiento cuando veo que acarician á mi hijo... entonces cesa mi agonía. Por hoy te dejo, no debo fatigarte más.—*Aramina.*»

III

¡Pobre espíritu! es bien digno de compasión, reconoce sus yerros y procura su enmienda; si mi compasión le puede dar un segundo de reposo, yo le compadezco porque es horrible reconocerse tal como uno es; la humillación que se sufre es dolorosísima, y aunque el castigo no es eterno, el tiempo que se arrasta la cadena ¡cuánto pesa! ¡Ah! sino hubiera la certidumbre del progreso indefinido del espíritu... ¡qué horrible sería vivir!

Amalia Domingo Soler.

DE ULTRATUMBA

(Comunicación del Espíritu de T. C. T. obtenida en el Grupo Espiritista "Fraternidad", de Barcelona, por el médium M. C.)

Hermanos míos: Aun cuando el espíritu amigo quisiera estar en constante relación con vosotros, no es posible; porque como hay tantos que desean comunicaros sus impresiones, los Espíritus guias han de facilitar medios de comunicación á cada uno. Así es que por mucha que sea la voluntad, precisa el que aguardemos turno.

Hoy, pues, que estoy de turno, aprovecharé la ocasión para deciros cómo opino respecto de ciertas manifestaciones.

No olvideis que lo que os digo es resultado de la observación mia.

La verdad es que los que nos hemos llamado espiritistas, y los que así continuais denominándoos, muchas veces, dejándonos llevar de la pasión y sin fijar nuestro pensamiento en la vida del Espíritu, hemos dado nombre á ciertos actos, sin detenernos á estudiarlos juiciosamente.

No hemos pensado que cuando nos trasladamos al plano astral, tenemos para vivir en él un cuerpo astral en relación á la naturaleza que nos envuelve, y como nuestro espíritu es coeterno á Dios y eterno dentro de sus leyes,

su cuerpo astral, (periespíritu) nos facilita dentro de esta eternidad el conocimiento de nuestro pasado, los actos realizados en época reciente, y nos deja vislumbrar algo de lo que nos aguarda en nuestro porvenir.

Y digo que cuando se mora en la Tierra no se piensa en el espíritu, porque se desatiende el estudio de las facultades del periespíritu.

De aquí resulta que muchas veces para distinguir á los que han sido nuestros amigos, les hemos dado calificativos sin meditar la trascendencia de la expresión, y menos sus resultados.

Es muy frecuente entre vosotros hallar personas á las cuales la Providencia les ha prodigado, á más de lo preciso, lo exhuberante, y al mismo tiempo contemplar cómo esas propias personas, (por razones que sin duda pertenecen al progreso de su espíritu) reparten esos dones entre las familias necesitadas (tal vez son allegados de ayer) no llegando sus donativos ni á la milésima parte de lo que aquellos desgraciados necesitan; pues vuestra sociedad, tan dada á calificar los hechos materiales y tan poco afecta á profundizar los progresos del Espíritu, vereis que enseguida distingue al donante nada menos que con el pompeso título de «padre de los pobres.»

Nada más lejos de la realidad que este significativo nombre.

Estos dictados serán hijos del buen deseo, no lo dudo, pero lo cierto es que no responden ni á la grandeza del Espiritismo ni al progreso del Espíritu.

Vamos á ver: Supongamos uno de estos grandes señores que no saben cómo gastar el dinero, que tuviera el capricho de ordenar que todas sus comidas fueran suculentas y abundantes. Que quisiera que su mesa estuviera repleta de faisanes, perdices, liebres y pescados de todas clases; como que el hombre sólo tiene un organismo á quien alimentar y un sólo estómago para digerir, resultaría que después de haber tomado su parte alícuota y acallado sus necesidades, le sobraría mucha comida. Convengamos en que llevado de una gran filantropía repartiese el resto de su comida entre familias pobres ¿y aunque esta acción se repitiera diariamente y con ello mantuviera un sin número de familias y recibiera el aplauso de todas ellas, podría dársele el dictado de padre de los pobres? No. ¿Y sabeis por qué? Porque solo habría repartido lo que él no necesitaba; lo supérfluo.

Estas pequeñas razones, que raras veces se atienden, pueden perjudicar al Espíritu después de su desencarnación. ¿Sabeis por qué? Porque cuando mora la vida del espacio, por medio del cuerpo astral ve fotografiadas todas sus imperfecciones anteriores, sus necesidades actuales y prevé sus luchas futuras.

De ello resulta que como vuestras palabras llegan á nosotros cuando nos ensalzais, y nosotros vemos que no hemos cumplido ni una centésima parte de nuestros deberes, vuestras voces nos dan pena.

Y si el Espíritu á quien se dirigen vuestras alabanzas es vanidoso ¿qué efectos le han de producir? Efectos terribles, pues entonces, olvidándose de sus deberes y viendo halagada su vanidad, corre el peligro de sugestionarse, y dejando las puertas abiertas al orgullo, al volver á la Tierra raras veces se hallará á la altura de sus deberes, corriendo el camino de la obsesión.

Luego, hay otra cosa. Si bajo el punto de vista espiritual tienen esos actos

más de perniciosos que de provechosos, bajo el punto de vista material corries el peligro de erigir un nuevo santoral.

Sin duda que si la emprendiérais por este camino, seríamos muchos los que desencarnaríamos en olor de santidad.

Fijáos bien en esas hornacinas que en forma de altares llenan los huecos de los templos de la pequeña religión. ¡Cuántas figuras y figurines ostentan! Allí está santificada la austeridad, la caridad, la lascivia; santificada, beatificada y aun paternizada la ciencia, la tiranía, el orgullo y el ascetismo, todo ello realizado por la ampulosidad humana á pesar de que representan para el sentido común mucho menos que los monumentos levantados en la plaza pública; y á pesar de todo observad cómo á Jesús, al Maestro, al Cantor de aquel Evangelio que á todos nos ha redimido, no le llaman siquiera Padre de los pobres, sino simplemente «Hijo de Dios»! ¡Él que prodigó con fruición los bienes eternos á tantos pobres de espíritu!

Huyamos de lo pernicioso, y ejemplaricemos con virtudes. No demos títulos, pues no sabemos quién los merece.

En esa Tierra, cuando á un hombre le dán el dictado de conde ó marqués ¿deja de ser igual al hombre que carece de aquellos títulos? No.

¿Sabeis para qué le sirven las dignidades al hombre? Para embrutecerle, para convertirle en tirano de si mismo y de sus semejantes.

No lo dudéis, es así.

Cuando el hombre se vé convertido en arlequín humano por los disfraces que en forma de traje usa; cuando vé encima de sí tanto colorín, y colgado de su cuello ó de su pecho alguna distinción, se obsesa, por cuanto se considera fuera del común de los hombres.

Si las dignidades perturban al hombre en la Tierra, también perturban al Espiritu en el espacio.

Pensad que así como vuestras voces impresionando las ondas sonoras por medio de las vibraciones, producen el eco cuyos sonidos alcanzan largas distancias, así también los ecos nos transportan vuestras voces, las ondulaciones vuestros pensamientos, vuestros deseos y vuestra voluntad.

Por eso nos sentimos satisfechos ó entristecidos; porque en este plano astral quedan impresas todas las placas fotográficas y fonográficas.

¿Sabeis por qué el sér humano se entusiasma por poca cosa? Porque se encuentra huérfano de razón en medio de sus muchas obligaciones. Le veréis con frecuencia exajerado en pró ó en contra de sus semejantes, faltándose á sí mismo; resultando de ello que lo que debiera ser ejemplo se reduce á un simple entusiasmo.

Los espíritus tenemos á nuestro favor una cosa, y es el ovido en que nos teneis después de vuestras explosiones entusiásticas.

Lo que os he dicho respecto á las dignidades y á los extravíos mentales á que aquellos conducen, podeis aplicároslo en todos los estados y en todas las ocasiones.

¿Cuántas veces vereis que la elevación á un cargo hace al hombre intransigente y aún le convierte en juez de sus semejantes, haciendo de esta manera que falte á la caridad?

Pero no lo dudeis, aquellos mismos hombres verán cumplido en ellos el aforismo: «Serás medido con la misma medida que medirás»; pues otras criaturas llevadas de otras aspiraciones convertirán en reo al que ayer había pretendido ser juez.

Mas vendrá un día en que todos pasarán los umbrales de esta otra vida, vendrán al mundo esencial, y cuando su inteligencia por medio del cuerpo astral les dé á conocer la vida del Espíritu, verán el largo proceso que informan sus múltiples existencias. Entonces, al verse solos ante su conciencia, y recusados ante la Ley divina, siendo juez y parte en propia causa; al considerar el cúmulo de errores cometidos y los muchos deberes olvidados, calculad el efecto que les producirá cuando los ecos les transporten los juicios erróneos de sus hermanos de la Tierra.

Por eso, y ateniéndonos á esta sola consideración, vale más no juzgar en ningún sentido.

Si alguien, sea quien fuere, realiza una buena acción que os satisface, procurad imitarle, pero omitid los juicios.

Procurad que cunda el ejemplo, que es lo que se necesita.

La obligación moral la tenemos contraida siempre; la acción material la ejercemos según sean nuestras necesidades.

Cuanto más sintamos afán de progresar, más nos esforzaremos en cumplir con nosotros mismos.

¿Sabeis quien conceptúo que sería el verdadero padre de los pobres? Aquel ser que en su estado de partenidad Dios le concediera larga prole y entre la misma hubiera idiotas, tullidos, haraganes y toda la pléyade de imperfecciones de que hemos sido capaces, y supiera amarlos, dirigirlos y encaminarlos. Este si que se habría ganado bien aquel dictado.

Pero nosotros, que todo lo invertimos, no.

¡La humanidad siempre hará glosa de cosas pequeñas!

Lo que si conviene es que nos amemos mucho, que levantemos al caido, que perdonemos al ofensor; en una palabra, que seamos indulgentes y ejemplares, para que podamos seguir ascendiendo por esos mundos que flotan en el éter.

Adiós.

VARIO

En defensa del Espiritismo

Valladolid 6 de Junio de 1901.

Sr. Director de La Revelación.

Alicante.

Muy Sr. mío y distinguido hermano en creencias: En la villa La Higuera de Vargas, provincia de Badajoz, y á consecuencia de un sermón en contra

del Espiritismo, predicado por el señor Cura en la noche del primer viernes de la pasada cuaresma, cuyo argumento se basó, á mi juicio, en inexactitudes contenidas en un librito del presbítero Sardá, pronto el auditorio ilustrado que tuvo la paciencia de oirlas, se convenció de la verdad de aquella sublime filosofía, puesto que el público sensato sabe ya á qué atenerse sobre la existencia del demonio, á cuyo ente imaginario atribuyen las comunicaciones de los espíritus los que tratan inútilmente de desprestigiarlas, toda vez que en bastantes versículos del Antiguo y Nuevo Testamento se hallan testimonios de ellas, esto es, que en todos los tiempos se han venido sosteniendo relaciones entre los muertos y los vivos en la carne.

Pues qué, ¿no prohibió Moisés la evocación de los muertos, y no dijo San Juan en su carta primera, Capítulo 4.° versículo 1.° que no se creyera á todo espíritu y que se probara los que son de Dios? ¿No consta también en la Epístola de San Pablo á los Efesios, Capítulo 6.° versículo 12. que se ha de combatir también contra malicias espirituales en los aires, ó sea contra espíritus maléficos diseminados por el espacio?

Luego con los mismos textos de la Biblia se prueba la realidad de las comunicaciones de los séres invisibles de todas clases, libres en el espacio, con los que confinados estamos en el Planeta; y si bien pueden darlas espíritus malos, es indudable que de la misma manera pueden hacerlo los buenos; porque si solo aquellos estuvieran autorizados para ello, muy mal parada quedaría entonces la bondad infinita hacia sus hijos, del Padre universal de todas las criaturas.

Encontrándome accidentalmente, á la sazón, en aquel pueblo de mi naturaleza y conociendo afortunadamente algo, desde hace muchos años, los fundamentos de aquella bellísima doctrina, que es la de Cristo en espíritu y en verdad, no pude menos, por no hacer traición á mi conciencia, de volver por los fueros de la verdad manifestando ante un reducido círculo de personas, en lugar privado, á raiz de aquel sermón, entre otras cosas lo siguiente:

El Espiritismo no es una locura, no es, como el vulgo necio suele decir, una chifladura de quienes por su suerte en él creen; sino que es el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo en espíritu y en verdad. El Espiritismo es aquella luz que él mismo dijo no se tuviera escondida debajo del celemín, sino que se colocara sobre el candelero para que alumbrara toda la casa; esto es, las inteligencias que fueran capaces de resistirla por su instrucción y moralidad; y cuyo lema es «Hacia Dios, por el amor y la ciencia»; pues ya Cristo dijo: «Amaos los unos á los otros como yo os he amado, porque todos sois hermanos.»

Si hay detractores de tan sublime filosofía es porque desgraciadamente no la conocen, y todo el que llega á penetrarse del fondo de sus enseñanzas cristianas, bendice á Dios que le ha proporcionado el medio de regenerarse por la fé racional, por la esperanza y por la caridad, virtud ésta sin la que no hay salvación posible.

En el Espiritismo ó sea la Iglesia católica, y por lo tanto universal de Cristo, caben todos los hombres de buena voluntad, llámense judíos, cristianos, ó mahometanos; de otra suerte, no estaría basada en la justicia, ni seria uni-

versal, caracteres inseparables de la religión divina. Así es, que el judío, el cristiano, el mahometano que ama á Dios en espíritu y en verdad y practica la virtud, estos están dentro de la verdadera Iglesia, que no tiene anatemas, maldiciones ni excomuniones, sino perdón para sus enemigos, como hizo su divino fundador, en el Calvario.

No es cristiano el que así se titula solo por haber recibido el agua del bautismo, sino aquel que sigue las enseñanzas de Cristo, enseñanzas que se sintetizan en una sola palabra «Caridad», es á saber: amor á Dios y á nuestros semejantes. Esta palabra, esta fórmula, este símbolo evangélico une en un solo rebaño á los hombres de todos los paises, de todas las razas, de todas las creencias, formando la Iglesia universal de Cristo.

El Espiritismo viene de arriba, y porque viene de arriba triunfará; porque es la verdad de los sabios, la alegría de los corazones humildes y sencillos, el consuelo de los que lloran y las esperanzas de los que sufren. Es el Evangelio revelado por los espíritus que oyen la palabra de Dios, y explicado á la altura de las necesidades morales de los tiempos y de las generaciones, porque el Evangelio es manantial de luz y de vida en todas las edades de la humanidad y para todas las humanidades.

El Espiritismo no se impone á nadie, invita á su estudio, y sanciona su verdad la comunicación de los espíritus. Respeta en sus templos respectivos á todos los creyentes de la multitud de religiones que á la humanidad divi den.

El Espiritismo invade ya el mundo entero; penetra en la choza del pobre y en la suntuosa morada del rico, en la cabaña del exclavo y en los palacios de los soberanos, en la mente del que no sabe y en la del sabio. Es la salvación de la humanidad; porque sin él el ateismo y el materialismo alentados por el desprestigio de las religiones, habrían seguido su trabajo de destrucción de los firmamentos de la moral social, cuya sublime doctrina, presentando la prueba positiva de nuestra inmortalidad, cimenta la fé bajo bases inconmovibles, y descubre al alma, siempre ansiosa de luz y de progreso, el camino seguro de su porvenir.

Es tan grato el estudio de la doctrina cristiano-espiritista en quien lo emprende instado del deseo de investigar sus verdades, que penetran suavemente en la razón, la conciencia las acoge sin obstáculos, y la voluntad las acaricia con entusiasmo y dulzura. A la influencia bienhechora de su luz huyen avergonzadas las dudas, desaparecen las contradicciones y brotan torrentes de consuelo y de armonía. Es la fé triunfante de la negación, esa fé viva que puede mirar á la razón frente á frente en todas las edades de la humanidad; es el éter, es la esperanza, es la realidad, llenando los abismos del vacio; es Dios que se levanta explendoroso del seno del Universo inundándolo todo con su amor infinito.

¡Benditas las horas que á tan saludable estudio se consagran! Porque en esas horas el corazón siente á Dios, y el alma respira á Dios, y la voluntad busca á Dios y lo halla en todas partes: en el soplo de los céfiros, en el bramido del huracan, en el canto del pajarillo, en el silbido de la serpiente, en la obscuridad, en la luz, en el gusano, en el hombre, en la tierra y en los

cielos. En esas horas recobra el espirítu la paz y la libertad, y cerniéndose sobre las miserias eleva sus miradas en la dirección que el génio del bien le señala con su dedo providencial.

Los espíritus lijeros y atolondrados que incurren en la insensatez de condenar una cosa sin estudiarla, dejándose llevar de oidas y tratando de locos á los que en las manifestaciones espiritistas creen, se colocan neciamente en un lugar nada envidiable, por encumbrada que su posición social sea.

Y á los que juzgan á los espiritistas, por su ignorancia ó malicia, instrumentos del diablo ó Satanás, hay que decirles que si del diablo proceden los virtuosos consejos, las sanas máximas, las caritativas exhortaciones y los evangélicos impulsos que todos los dias se reciben y admiran, fuerza es convenir en que el diablo trabaja por destruir su imperio.

Los diablos, según el espiritismo que es la palabra divina, son el egoismo, la impureza, el orgullo, la avaricia, los odios, las hipocresías, las pasiones y los malos hechos, alegorías que confirman textos bíblicos en muchas de sus partes, y entre ellos el Evangelio de San Mateo, capítulo 16 versículos 22 y 23 replicando Cristo á Pedro, llamándole Satanás, y diciendo que Judas Iscariote era un diablo, según el Evangelio de San Juan, capítulo 6.° versículos 71 y 72. Por lo tanto, á medida que vayamos desechando esas imperfecciones, hijas de nuestro atraso, iremos desterrando al diablo de nuestros corazones, acercándonos cada vez más á la perfección moral que á Dios conduce. Uno de aquellos textos dice que «cuando el impío maldice al diablo, maldice á su alma», porque maldice la iniquidad y la injusticia de su alma.

¡¡Tratar de *locos* á los espiritistas!!. ¡bendita locura la locura que consuela, por la esperanza y purifica por el cumplimiento del deber sancionado por la ciencia y la razón!

Si Jesús no vino á condenar y si á salvar, los espiritistas se acogen á la bandera de Cristo, y á su nombre esperan el cumplimiento de las divinas promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en donde mora la justicia; y abrazados á esa hermosa bandera arrostrarán las provocaciones, los insultos, las injurias, las amenazas, los odios y las persecuciones; pidiendo á Dios, que nos ha de juzgar á todos, tesoros de caridad y amor, para saber perdonar aún á nuestros enemigos.

¿No dijo Cristo que donde dos ó más se reuniesen en su nombre allí estaría él en medio de ellos? Pues ese es el fundamento de las sesiones espiritistas; de manera que al tratar de impedirlas con un pretexto cualquiera, es atentar contra esa autorización divina y hacerse reo de lesa conciencia.

Hecho el anterior relato, solo resta decir á V. Sr. Director, que en aquel pueblo, hoy feliz porque empieza á ver la luz divina del Espiritismo, se han desarrollado bastantes mediumnidades que tienen la suerte de comunicarse con séres de su corazón que creian perdidos para siempre, descollando, entre todas la psicógrafa ó de escritura, que posee una ilustrada jóven muy conocida en la localidad por sus ideas libre-pensadoras, porque no podía amoldarse á imposiciones cuyas creencias no encajaban en su clara razón; cuya jóven, Natividad Coello, digna de un aplauso entusiasta, por su entereza de carácter y corazón decidido, es hoy valiente adalid de la doctrina

cristiano-espiritista, convencida de su verdad incontrovertible. Gloria á ese porta-estandarte de tan brillante luz, y á los que en el mismo punto, aunque en menor escala, contribuyen á difundirla en la medida de sus fuerzas, sin embargo de la barrera que se les opone por los interesados obscurantistas.

Si estas lineas merecen su inserción en el periódico que V. tan dignamente dirige, muchísimo se lo agradecerá la sublime causa espírita, y en particular quien se ofrece suyo affmo. at.° h.° en creencias,

Manuel Ruiz Flores.

AL ESPÍRITU DE JOAQUÍN BALAÑÁ

EN EL 5.° ANIVERSARIO DE SU DESENCARNACIÓN

PASAN los años, y los acontecimientos se suceden sin que apenas su recuerdo deje huella en nuestra alma. Pero los besos amorosos de nuestra madre, las caricias de nuestros hijos, los coloquios con el amigo que vimos volar á otras esferas, sí que quedan grabados profundamente en nuestro corazón y jamás se borran de nuestra mente.

Los días y los hechos que registra la historia encierran el cúmulo de nuestras decepciones yel testimonio triste de la estupidéz humana, interesándonos á ahuyentar su recuerdo, que nos causa horror. ¡Pobre presente para el Espíritu ávido de amor! No así las manifestaciones de los séres queridos con quienes compartimos tristezas y alegrías, ensueños y esperanzas. ¡Imposible borrar el sello indeleble de estas efusiones de alma á alma!

Al sér más convencido de la vida eternal del Espíritu, le afecta extraordinariamente la contemplación del yerto cadáver de un hijo adorado, de una madre tierna, de un amigo idolatrado.

No falta, no, la resignación en el verdadero creyente espiritista; pero si siente herido su corazón al no poder oir la voz de su amado, al no poder contemplar su rostro con el reflejo fiel de sus sentimientos amorosos, al no poder compartir con él como de costumbre y hacer cálculos para un porvenir feliz que ambos perseguían. La herida que abre en nuestra alma la ausencia de un sér querido, no es posible, si de veras amamos, que quede cicatrizada de otro modo que uniéndonos á él nuevamente.

Así me sucede á mí. Un lustro há, hoy lo cumple, que á pesar de mis convicciones espiritistas, cuando de súbito, amigo de mi alma, remontaste el vuelo, dejándonos aquí tus despojos, sentí con la muerte de tu cuerpo desgajarse un trozo de mi sér que se fué contigo, abriéndome el desgarro herida de tal naturaleza, que nada ha bastado á restañarla; chorrea sangre aún hoy como el primer día, y así continuará hasta que á tí vaya en el mundo en que me aguardas. Tal vez no tarde. La Tierra acibara de tal modo mi existencia, que pierdo energías y posible es que pronto las agote y no pueda permanecer más en su superficie.

Prepara mi estancia donde tú moras. y mientras llega el día venturoso que he de volar á tu lado, envíame tus efluvios, reanima mi abatido espíritu y guia mis pasos para que doquiera que siente mi planta, los abrojos se conviertan en aromosas flores por virtud de mis buenas obras.

Quiero ser bueno, Espíritu idolatrado. Ayúdame á serlo, para que se confundan nuestros séres en un sentimiento común que haga imposible nuestra separación en las eternidades del tiempo y del espacio.

¡Hasta luego! alma de mi alma, ¡hasta luego!...

Angel Aguarod.

Barcelona, 6 Junio, 1801.

ALICANTE Imp. de Moscat y Oñate. SAN FERNANDO, 34